

En recuerdo de Mariano Yela (1921-1994)

Profundamente impresionado por el fallecimiento de Mariano Yela y acuciado por la urgencia de escribir unas líneas en su recuerdo cuando ya este número del Anuario está en la imprenta acudo a las notas que redacté para presentarle en un acto organizado por el «Círculo de Lectores» en Barcelona y en el que nos ofreció una espléndida reflexión sobre el futuro de la psicología.

Acepté el honroso encargo de presentar a Mariano Yela en esta casa con comprensible orgullo y también para decirlo todo, con una punta de emoción pues no en balde nuestra amistad data de muchísimo tiempo, de cuando, pronto hará cuarenta años, compartíamos despacho y laboratorio en el entonces recién creado Departamento de Psicología Experimental del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, donde un grupo de jóvenes ilusionados orientados por el añorado Dr. Germain nos iniciábamos en los caminos de la psicología al mismo tiempo que intentábamos reflotar la endeble nave de la psicología española. Éramos muy jóvenes y éramos muy pocos, básicamente tres, como los tres mosqueteros: Mariano Yela, José Luis Pinillos y yo mismo. A los tres nos correspondería la no fácil tarea de introducir la psicología científica en la Universidad y de apadrinar el nacimiento de una nueva profesión, pero de los tres, Mariano era el primero y el que marcaba el camino.

José Luis era vasco de nacimiento, nacido en Bilbao. Yo mismo catalán de Barcelona pero Mariano es madrileño lo cual al saberlo me produjo una cierta sorpresa pues después de residir una temporada en Madrid ya me había acostumbrado a que en el rompeolas de todas las Españas lo normal era ser llegado de fuera y la excepción ser madrileño. Y Mariano lo es de pura cepa y si se tercia se marca un chotis en un ladrillo. Nació en el seno de una familia obrera, en el barrio de Lavapiés y en su adolescencia conoció el Madrid en guerra y en la guerra descubrió los extremos de crueldad y también, casi sin solución de continuidad, los extremos de generosidad y de heroísmo de que es capaz la criatura humana.

Acabada la contienda estudió Filosofía en la Universidad denominada entonces Central y en la actualidad Complutense y allí tuvo la suerte de encontrarse y de encariñarse con la psicología por influencia del Padre Barbado que, de acuerdo con la tradición de Lovaina, combinaba el cultivo de la filosofía escolástica con el de la psicología experimental. Suerte que se acrecentó cuando al terminar la carrera, en unos años difíciles para todos, cuando recién terminada la guerra en el mundo el aislamiento de España era casi total, recibió una de las primeras y escasísimas becas de estudio en el extranjero concedidas por el Consejo Superior gracias a lo cual pudo pasar varios años en Chicago al lado de Thurstone y luego un tiempo en Lovaina colaborando con Michotte.

A su regreso se incorporó al Departamento que entre tanto se había creado y en cuya creación no había dejado de tener intervención. Es innecesario añadir que su experiencia ultramarina le convirtió desde el primer momento en una pieza clave y que inmediatamente se esforzó por abrir nuevas líneas de investigación al tiempo que se ocupaba de cuestiones organizativas.

Pero más que extenderme en rasgos biográficos lo que aquí quiero destacar es su aportación al proyecto que entre todos estábamos gestando. Y si hubiese que definirla en una frase yo diría que Mariano Yela nos trajo un nuevo estilo de trabajar en psicología, un estilo caracterizado por el rigor, rigor que había aprendido al lado de Thurstone con sus primeras máquinas de calcular y en el laboratorio de Michotte, y que era totalmente extraño a nuestras tradiciones.

Ese rigor se extendía a todo el proceso de la investigación y tenía un aspecto particularmente aparente que nos producía una gran impresión. Me refiero al uso sistemático de las matemáticas y más concretamente a la estadística. Por influencia de Mariano Yela pronto el tratamiento estadístico de los datos se convirtió en un elemento principal de la metodología psicológica tanto en la investigación de laboratorio como en la utilización de los tests psicométricos. Pronto se convirtió también en un elemento importante de la formación de los futuros psicólogos. Para los primeros estudiantes universitarios de psicología la presencia de la estadística en el primer año era la demostración palpable de que lo que habían elegido no era una carrera de letras. Y las copias de los apuntes de las clases de Yela en unos tiempos en que no existían fotocopiadoras se transmitían de mano en mano como oro en paño y llegaban a lugares muy apartados, Barcelona entre ellos.

La estadística que introdujo Yela tenía un primer campo de aplicación en la construcción de tests y en la interpretación de sus resultados y, por tanto, en el amplio campo de la psicotecnia, más popular entonces que ahora. Y tenía un segundo campo de aplicación, potencialmente más importante, en la metodología experimental para decidir en qué medida los resultados de un experimento confirman o invalidan la hipótesis inicial. Pero la estadística que enseñaba Yela ofrecía una tercera posibilidad: permitía fundamentar una auténtica teoría psicológica, un modelo específico de la personalidad y del comportamiento humano, el que se ha llamado «modelo factorial» de la estructura de la personalidad. Un modelo que, partiendo de las correlaciones que se observan en los resultados de unas mismas medidas aplicadas a distintos individuos, deduce que la personalidad humana está constituida por un conjunto de aptitudes en parte independientes y en parte correlacionadas.

Desde aquellos lejanos días en los que Mariano Yela nos descubrió las maravillas del análisis factorial ha pasado mucha agua bajo los puentes y la psicología, tanto en su teoría como en su práctica, se ha desarrollado de una manera que no podíamos sospechar. Y Mariano Yela ha estado siempre en la primera línea de este desarrollo. En 1952 fue el primer Secretario de la recién fundada Sociedad Española de Psicología de la que luego sería durante largos años Presidente y en la actualidad Presidente de Honor. Al año siguiente debutó como Secretario de la recién fundada Escuela de Psicología de la Universidad de Madrid. Eran unos años en los que Mariano era el Secretario nato de cualquier empresa



Fotografía cedida por el Circulo de Lectores.

psicológica que se pusiese en marcha. Y en 1957, hace poco más de treinta años, fue nombrado catedrático de Psicología de la Universidad de Madrid. Era la primera vez que se nombraba un catedrático que pretendía hacer de la psicología una ciencia rigurosa. Unos años después se constituían los primeros Departamentos de Psicología y Mariano Yela fue nombrado Director del de Psicología Experimental. Desde este puesto propició la aparición de la licenciatura universitaria de Psicología y redactó su primer plan de estudios. Establecida la licenciatura fue el primer Presidente de la Sección de Psicología antes de que ésta se convirtiera en Facultad independiente y desde este puesto tuvo que capear los años difíciles de la revuelta estudiantil. Y todavía puedo añadir que a lo largo de diez años, de 1964 a 1974, Mariano Yela compaginó su cátedra en Madrid con la enseñanza en la Universidad de Lovaina donde Michotte acariciaba la idea de que se convirtiese en su sucesor.

Esta brillante trayectoria profesional e institucional no es, sin embargo, más que la cara externa de la medalla. Lo realmente importante es recordar su tarea como investigador y como incitador de investigaciones.

Me he referido antes al análisis factorial y a sus posibilidades en orden a una teoría psicológica. Posibilidades que Mariano Yela ha aprovechado a fondo. Ya en 1956 publicaba un libro: *Psicología de las aptitudes* en el que exponía esta

teoría y la relacionaba con ideas tradicionales sobre el hombre. Años más tarde la presentaba en forma más personal porque se apoyaba en investigaciones propias en *La estructura diferencial de la inteligencia*. Entre todas las aptitudes el estudio de la inteligencia ha sido precisamente su tema preferido a lo largo de muchos años y, como resultado de esta dedicación, ha podido ofrecernos en uno de sus libros recientes, *Estudio sobre inteligencia y lenguaje*, una magistral descripción de esta capacidad definida como «un continuo de variación heterogéneo y jerarquizado» lo que equivale a decir que la inteligencia como aptitud es a la vez una capacidad global —la inteligencia general— y un gran número de capacidades más específicas distintas pero relacionadas entre sí, entre las que sobresalen en primer lugar, la inteligencia espacial y la inteligencia verbal. Y es a esta última modalidad, la inteligencia verbal, a la que Mariano Yela ha dedicado lo mejor de sus afanes. No creo andar desencaminado poniendo en relación esta dedicación a la inteligencia verbal con otros aspectos de su personalidad y concretamente, con su afición, o mejor pasión, por la palabra oral y escrita. Mariano, que en la intimidad reconoce una vocación insatisfecha de poeta, es un degustador insaciable de literatura antigua y moderna y además, escribe y habla estupendamente como ustedes podrán comprobar inmediatamente.

Dotado de una curiosidad universal, con un interés apasionado por los aspectos del comportamiento humano y con una sólida formación humanista, Mariano Yela se ha visto llevado a tratar toda clase de temas de los que entran en el ámbito de la psicología empírica y también de los que caen más allá, pues es el primero en creer que la psicología como ciencia, llevada hasta su límite, se trasciende a sí misma y remite a una filosofía del hombre. Pero sería absurdo que yo pretendiese resumir aquí el conjunto de su producción y me limitaré a su contribución a la teoría de la psicología.

Como todos los que coincidíamos en el Departamento de Psicología, Mariano Yela en los comienzos de su carrera como investigador quedó impresionado por el conductismo entonces en plena ascensión. Entre todas las escuelas que pretendían merecer el título de psicología científica, el conductismo parecía la más cualificada en su pretensión porque respondía puntualmente a los requisitos de una ciencia natural, por supuesto, pero además por su acierto al definir el objeto de la psicología como ciencia de la conducta. Frente a la tradición milenaria de empezar la Psicología aislando capacidades y funciones, el conductismo de entrada se sitúa frente a la conducta como una totalidad, una conducta que es esencialmente actividad que se despliega en un medio y que transcurre en el tiempo.

Pero si las ventajas del conductismo como teoría eran evidentes, no lo eran menos sus limitaciones. La explicación conductista era descaradamente reduccionista, no como un reduccionismo fisiológico sino descomponiendo la conducta en un conjunto de respuestas elementales. Con lo cual el conductismo disolvía las formas más complejas del comportamiento en las más simples y lo que es todavía más grave, prescindía de que la conducta humana es siempre la conducta de un sujeto y que, por tanto, es subjetiva en el doble sentido de que es consciente y de que es intencional. Para Mariano Yela, que sí era un buen experimentalista, también conocía a fondo a Aristóteles y asistía con regularidad a los cursos

donde Xavier Zubiri exponía su idea del hombre como «inteligencia sintiente», estas objeciones eran irrefutables.

Y aquí entra la profunda originalidad de Yela. Lo que propone no es rechazar el conductismo sino al contrario, hacerlo avanzar en el examen de la conducta de manera que, sin renunciar a su rigor experimental, se abra a estas dimensiones más profundas de la conducta que pueden resumirse en la subjetividad de su sujeto y en la intencionalidad de sus actos. Así lo expuso extensa y razonadamente hace ya veinticinco años en un artículo titulado *Conciencia, cuerpo y conducta* y con más profundidad todavía en un discurso de ingreso en la Real Academia de las Ciencias Morales y Políticas en 1974 sobre el tema *La estructura de la conducta*. Un texto que para mi gusto es lo mejor que ha salido de su pluma y que yo suscribiría en toda su integridad.

O para ser más exacto, con una reserva. Cuando Mariano Yela expuso por primera vez su propuesta a la que denomina «conductismo del sujeto» creía que los propios conductistas avanzaban en esta dirección como parecía demostrar la obra de Tolman. Pero la verdad es que la dirección iniciada por Tolman apenas encontró continuadores y el conductismo como escuela no ha sido capaz de salirse de los estrechos marcos que le marcaron sus fundadores. En cambio, el optimismo de Mariano Yela se ha mantenido incólume y acaba de dar de ello una prueba con la publicación de *The meaning of behavior*, una monografía aparecida hace unos meses en *Annals of Theoretical Psychology* en la que no sólo anuncia la progresiva unificación de la psicología como una ciencia integral del comportamiento en el sentido antes indicado, sino que detalla los signos que a su juicio demuestran el avance de este proceso. ¡Ojalá que yo pudiese compartir este optimismo! Pero piénsese lo que se quiera de las dotes proféticas de Mariano Yela, lo cierto es que con esta monografía se ha afianzado a nivel internacional como uno de los teóricos más clarividentes de nuestra ciencia.

Si he comenzado diciendo que en los días de nuestra juventud él era el primero y el que abría el camino, puedo terminar añadiendo que todavía hoy sigue marcando el rumbo y que todos los que en este país nos dedicamos a la psicología podemos dar testimonio de su magisterio.

Hasta aquí lo que dije en la presentación a la que me he referido y que hoy suscribiría punto por punto. Poco tiempo después, Mariano Yela pronunció una espléndida conferencia en la inauguración del curso en nuestra Facultad, una conferencia que constituyó una afirmación de fe en el método científico en psicología y una pulcra exposición de sus posibilidades y sus límites, un texto que encantó a sus oyentes y que tuvimos la suerte de poder publicar en el número 60 del «Anuario». También en el número 56 publicamos un agudo comentario suyo al libro de Ángel Rivière «Objetos con mente». Y todavía le pedimos que para la sección de notas históricas del «Anuario» nos preparase unas páginas sobre su maestro Michotte. Le vi por última vez en Madrid a mediados de julio con motivo del Congreso Internacional de Psicología Aplicada. Sabía el peligro que corría y que sus días estaban contados pero creía firmemente que la muerte es sólo un accidente y estaba decidido a trabajar hasta el último momento y me prometió el texto sobre Michotte. Nos abrazamos una vez más y ahora al recordarle sólo puedo pensar en su extraordinaria calidad humana.

Miquel Siguán

